

LA ENVIDIA DE

EVA

The word 'EVA' is rendered in a large, bold, black serif font. The letters are partially filled with a detailed illustration of a leafy branch, likely a fig tree, which is integrated into the design of the text. The leaves are dark green with visible veins, and the branch extends through the letters, creating a naturalistic and artistic effect.

Libros de Melissa Kruger publicados por Portavoz:

Creciendo juntas: Una guía para profundizar las conversaciones entre mentoras y discípulas

La envidia de Eva: Cómo hallar satisfacción en un mundo de ambición



CÓMO HALLAR SATISFACCIÓN
EN UN MUNDO DE AMBICIÓN

MELISSA B. KRUGER



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en inglés por Christian Focus Publications, Geanies House, Fearn, Ross-shire, Escocia, con el título *The Envy of Eve*, copyright © 2012 por Melissa B. Kruger. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Título en castellano: *La envidia de Eva* © 2022 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5986-3 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6946-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7795-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 31 30 29 28 27 26 25 24 23 22

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A Mike

Estoy muy agradecida de compartir este viaje contigo.

“A dondequiera que tú fueres, iré yo,
y dondequiera que vivieres, viviré” (Rut 1:16).



Contenido

Introducción	11
1. El grito de la codicia: “La vida no es justa”	15
2. La raíz de la codicia: La incredulidad	43
3. El patrón de la codicia: Ver, codiciar, tomar y esconder ...	69
4. El poder sobre la codicia: La cruz de Cristo	91
5. La codicia de dinero y posesiones: La historia de Judas	117
6. La codicia en las relaciones amorosas: La historia de David	141
7. La codicia en la familia y las amistades: La historia de José	169
8. La codicia en las diversas etapas y circunstancias de la vida: La historia de los israelitas	195
9. La codicia de dones y habilidades: La historia de Coré	221
Conclusión	247
Reconocimientos	253

La felicidad no radica en la abundancia, sino en la adaptación de nuestra mente a nuestra situación (Lucas 12:15). Hay una doble guerra en el hombre: la guerra entre el hombre y su conciencia, que engendra problemas en la mente, y la guerra entre sus afectos y su condición, que engendra murmuraciones y quejas envidiosas. Por lo tanto, pide también contentamiento cuando ores: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”.

THOMAS MANTON

Voices From the Past, ed. Richard Rushing
(Edimburgo: Banner of Truth Trust, 2009), p. 124.

Introducción

Cuando miro hacia atrás y pienso en el año que pasó, no sé cómo hice para escribir este libro. El hecho de que esté en tus manos me asombra más que a nadie. Mientras escribía, cumplía mis obligaciones como madre de tres hijos de dos a ocho años. Comencé un nuevo trabajo de medio tiempo en el ministerio de mujeres de nuestra iglesia. Embalamos toda nuestra casa para una mudanza internacional y nos trasladamos a Cambridge, Inglaterra, durante cuatro meses y medio para el año sabático de mi esposo. Las circunstancias de mi vida no eran favorables para emprender un nuevo proyecto. Sin embargo, quedó claro a través de diferentes oportunidades que el Señor quería que escribiera sobre las lecciones que me había estado enseñando durante los últimos quince años de vida y ministerio con mi esposo.

La mayor parte del contenido que encontrarás en este libro proviene de años de oración diaria y estudio de la Biblia, que comenzó en mi adolescencia. Durante todo este tiempo, los momentos más importantes de mi vida los he pasado con la Biblia abierta y mi diario de oración frente a mí. En esos momentos, el Señor ha traído renovación a mi vida y gozo a mi corazón. A lo largo del camino, también me ha dado la oportunidad de estudiar la Biblia con otras mujeres. Hace algunos años, dirigí un estudio bíblico sobre el libro de Josué. Fue durante ese estudio que leí por primera vez la historia de Acán y la consecuencia de su comportamiento codicioso. Al otoño siguiente, tuve la oportunidad de hablar en el retiro de mujeres de nuestra iglesia, donde abordé el tema de la codicia y cómo nos roba el gozo y el contentamiento. Estas oportunidades sentaron las bases para un mayor estudio y

consideración sobre cómo encontrar gozo en medio de las vicisitudes inesperadas de la vida.

Además, lo que estaba estudiando en la Biblia durante esos años se contraponía a las circunstancias de mi vida. Poco a poco, me di cuenta del hecho de que, en varios sentidos, estaba viviendo el tradicional “sueño americano”. Conocí y me casé con mi novio de la universidad. Después de muchos años de estudio, él estaba ejerciendo como profesor de Nuevo Testamento en el Reformed Theological Seminary. Era un trabajo y una ciudad con la que ambos habíamos soñado durante años. Para ese tiempo, ya teníamos dos hijos sanos: una niña y un niño (el tercero llegó un par de años después). Compramos nuestra primera casa e hicimos muchas amistades cercanas. A juzgar por las apariencias, todo en mi vida se veía bien.

En realidad, enfrentaba luchas y dificultades como cualquier persona. Las heridas y el dolor llegaron a mi vida a través de problemas relacionales, luchas con el pecado, dolencias físicas y expectativas truncadas. Además, cada vez que lograba algo —marido, hijos, trabajo, hogar y amigos— experimentaba la realidad de que lograr más cosas no necesariamente me satisfacía ni me traía contentamiento. Con frecuencia, la vida que había esperado vivir resultó ser más difícil de lo que había imaginado.

Cuando conocí a otras mujeres, me di cuenta de que no era la única que vivía esta experiencia. Nuestra iglesia está llena de mujeres relativamente ricas, educadas y atractivas, que parecen tener todo lo que el mundo ofrece. Sin embargo, al conocer a un gran número de mujeres, sin máscara alguna, con frecuencia he visto una realidad muy distinta debajo de su imagen externa de perfección. En cada corazón hay un anhelo profundo. Algunas mujeres anhelan más posesiones, otras anhelan relaciones saludables, mientras que otras anhelan una etapa diferente en la vida. La mayoría anhela cosas buenas y, en el fondo de su corazón, se preguntan: “¿Se ha olvidado Dios de mí?”. Cuando vemos la vida aparentemente satisfecha de los demás, podría parecer que les va mejor que a nosotras y, poco a poco, la incredulidad acerca de la bondad de Dios se infiltra en nuestro corazón.

Una vez que esta semilla de incredulidad echa raíces, brota la

mala hierba de la codicia. A medida que esta crece, el fruto del espíritu —amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Gálatas 5:22-23)— a menudo se ahoga. La codicia deja poco espacio para que crezca y florezca algo bueno en una vida de descontento. Si bien se ha escrito mucho sobre los diversos ídolos que adoramos, se ha escrito muy poco sobre los deseos codiciosos que nos llevan a la idolatría. Las buenas dádivas de Dios pueden convertirse en ídolos cuando nuestro deseo por ellos es excesivo. Con este libro espero exponer el pecado de la codicia y mostrar la verdad de Proverbios 14:30: “El corazón apacible es vida de la carne; mas la envidia es carcoma de los huesos”.

La primera sección del libro —capítulos 1 al 4— nos ayudará a entender el pecado de la codicia. Veremos qué es la codicia (y qué no es), examinaremos las razones por las que codiciamos, observaremos un patrón distintivo en las historias de Eva y Acán y, finalmente, buscaremos en Cristo un nuevo patrón para adoptar en nuestro corazón a fin de que, con su poder, podamos luchar contra nuestras tendencias codiciosas. En la segunda sección del libro —capítulos 5–9—, veremos cinco áreas particulares donde a menudo tendemos a luchar con los deseos codiciosos. Examinaremos nuestro deseo de dinero y posesiones, relaciones amorosas, amistades y relaciones familiares, etapas de la vida y circunstancias, así como dones y habilidades. En cada una de estas áreas, estudiaremos un personaje bíblico que luchó con ese deseo codicioso en particular. Espero que, al estudiar sus ejemplos negativos, comprendamos la sabiduría de la advertencia de Pablo a la iglesia de Corinto: “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron... Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:6-12).

Al final de cada capítulo se incluyen preguntas que pueden usarse para el estudio y la reflexión individual o grupal. Muchas veces, profundizar en nuestros deseos expone las diversas formas en que intentamos vivir sin permanecer en Cristo. Mientras observas y reflexionas sobre estos temas, te animo a buscar a otras

personas con quienes orar y conversar al respecto. El objetivo es exponer los resultados dañinos de este patrón de pecado en nuestras vidas. Al traer luz y ver los efectos de este pecado en nuestro corazón, una vez más nos damos cuenta de nuestra abrumadora necesidad de Cristo. No podremos dejar de lado el afecto por los bienes del mundo hasta que crezcamos en nuestro afecto por Cristo. El Salmo 119 nos ofrece una excelente oración para comenzar:

Inclina mi corazón a tus testimonios,
Y no a la avaricia [codicia].
Aparta mis ojos, que no vean la vanidad;
Avívame en tu camino (Salmos 119:36-37).



*El grito de
la codicia*

*¡Cuidaos, mi señor, de los celos!
Es un monstruo de ojos verdes,
que se burla de la carne de la que se alimenta.*

WILLIAM SHAKESPEARE

Otelo, Acto 3, Escena 3.

1



El grito de la codicia

“La vida no es justa”

“¡No es justo!”. A menudo me pregunto cuántas veces salieron de mi boca esas palabras durante mi infancia. Crecí con un hermano, Rob, y como suelen hacer los niños, pasamos gran parte de nuestra infancia haciendo comparaciones. Si a uno le compraban un juguete nuevo, el otro esperaba que le compraran un juguete nuevo también. Si uno iba a la casa de un vecino a jugar, el otro quería que un amigo viniera a nuestra casa a jugar. Si a él le permitían saltar sobre la nueva cama elástica del vecino, entonces me parecía justo que yo también pudiera hacerlo. Rob era tres años mayor que yo, por lo que, en virtud de su edad, naturalmente tenía más libertad. Sin embargo, a veces me permitían hacer cosas a una edad más temprana, porque él estaba conmigo (y, como suele ocurrir, estoy segura de que mis padres estaban más relajados con el segundo hijo). Mi hermano podía decir que era injusto que me permitieran ver cierta película a los once años, porque él la había visto por primera vez cuando tenía doce. Yo podía decir que era injusto que él pasara la noche en casa de un amigo y olvidarme de que Rob era tres años mayor que yo, y que lo más probable era que mis padres me ofrecieran el mismo privilegio cuando yo fuera mayor. Incluso recuerdo haber comparado las tareas que teníamos que hacer en la casa. Estaba convencida de

que pasar la aspiradora (por supuesto, era tarea de Rob) era mucho más interesante y divertido que quitar el polvo. Me parecía más emocionante que él pudiera usar algo que tenía que enchufarse a la pared y que hacía tanto ruido.

Mientras nos comparábamos, muchos días nuestra respuesta de descontento se convirtió en el grito: “¡No es justo!”. Sé que lo decíamos con bastante frecuencia, porque recuerdo haber escuchado muchas veces la respuesta sucinta y acertada de mi madre: “La vida no es justa”. Con una simple frase, supo enseñarnos que las circunstancias y situaciones de cada persona son diferentes. La vida podría no ser siempre justa y la búsqueda de la igualdad probablemente sería un camino de creciente descontento.

Incluso como adultas, todas hemos sentido tentaciones similares. Tal vez hayamos estado andando por la vida bastante contentas con nuestra ropa, nuestro auto o nuestra situación hasta que, de repente, vemos que alguien tiene más que nosotras. La bendición de nuestro nivel de ingresos puede convertirse en amargura apenas escuchamos que otra amiga trabaja menos y gana más. La casa que parecía tan maravillosa hace dos años comienza a palidecer en comparación con la nueva ampliación de nuestro vecino. Escuchamos que el esposo de una amiga le envió flores “solo porque sí”, y de repente tenemos la imperiosa necesidad de que nuestro esposo nos envíe flores. Mientras caminamos por la tienda de comestibles, vemos a una mujer bien vestida con la figura que nos encantaría tener y en seguida brota el descontento con nuestra propia figura y talla.



*La naturaleza sutil del pecado a menudo puede
ocultar sus dolorosas consecuencias.*

La trampa de la comparación puede aparecer cuando menos la esperamos: en la residencia estudiantil, el lugar de trabajo, el patio de recreo, la guardería de la iglesia, la tienda de comestibles e incluso la sala de espera del hospital. Dondequiera que miremos,

somos bombardeadas con la necesidad de tener más. Este sutil juego de la comparación, si lo dejamos fermentar en nuestra alma, puede comenzar a echar raíces y florecer hasta convertirse en una vida de descontento y dolor. La raíz del problema es el pecado de la codicia, un pecado que puede parecer intrascendente en comparación con el resto de los Diez Mandamientos. Sin embargo, es como la gota de agua que se puede filtrar en la pequeña grieta de una roca. Una vez que se congela, puede causar una fisura que dañe la roca y la parta en dos. La naturaleza sutil del pecado a menudo puede ocultar sus dolorosas consecuencias.

Codicia, envidia, celos: estas palabras tocan la fibra más íntima de nuestro ser, porque traspasan las acciones externas de nuestra vida y llegan a los afectos internos de nuestro corazón. El objetivo de este capítulo es llegar a una comprensión más profunda de la codicia. Para comprender la codicia en profundidad, estudiaremos el concepto de tres maneras. Para comenzar, buscaremos obtener una definición bíblica y completa de la codicia. A continuación, observaremos tres características acerca de la codicia, que la convierten en un pecado muy peligroso si le permitimos infectar nuestro corazón. Finalmente, exploraremos cuatro diferencias claras entre los deseos correctos y los deseos codiciosos para que podamos entender el tipo de deseo que reside en nuestro propio corazón. Nuestro objetivo no es poner un punto final a nuestros anhelos, sino depurar nuestros deseos y alinearlos con la voluntad del Señor para nuestra vida.

Una definición de codicia

Para entender qué es algo, a veces debemos comenzar primero por lo que *no es*. Codiciar *no es* solo tener deseos. Las Escrituras están llenas de personas que anhelaban cosas buenas. Los salmistas expresaban sus numerosos deseos mientras clamaban al Señor. Anhelaban la Palabra de Dios (Salmos 119:40), hacer su voluntad (Salmos 40:8), su salvación (Salmos 119:174), la verdad y la sabiduría (Salmos 51:6; Proverbios 3:13-15). Año tras año, Ana oraba y pedía al Señor un hijo (1 Samuel 1:7). Los escritores del Nuevo Testamento también expresaron sus deseos. Pablo anhelaba

la comunión con otros creyentes (Filipenses 1:8; 1 Tesalonicenses 2:17; 2 Timoteo 1:4), la gloria del cielo (2 Corintios 5:2; Filipenses 1:23), el crecimiento espiritual de la iglesia (Romanos 1:11) y la salvación de los israelitas (Romanos 10:1), y animaba a sus lectores a desear ávidamente los dones espirituales (1 Corintios 12:31). Jesús vinculó nuestra felicidad con el hecho de tener deseos buenos cuando proclamó: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6). Desear mucho no se opone al contentamiento. De hecho, Pablo había aprendido a contentarse en todas y cada una de sus circunstancias (Filipenses 4:11-12), pero seguía teniendo anhelos.

Además, Moisés habla de *Dios* y sus deseos correctos. Cuando ordena a los israelitas a no adorar a otros dioses, Moisés les advierte que “Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es” (Éxodo 34:14). Este concepto de celos legítimos es difícil de entender en este mundo, que muchas veces está lleno de celos centrados en el beneficio personal. Sin embargo, en contraste con nuestra idea tradicional de los celos, el deseo del Señor de procurar el afecto de su pueblo es un anhelo legítimo y bueno. Es el deseo de un esposo fiel y amoroso hacia su esposa, la Iglesia. Él quiere el afecto de su esposa, porque ha puesto su amor en ella, hizo un pacto con ella y compró su redención con su propia sangre. Él sabe que su pueblo no encontrará satisfacción ni contentamiento fuera de una relación fiel a Él. El celo de Dios por su pueblo es una demostración de sus mejores deseos para los suyos. Quiere que nuestro corazón esté lleno del tipo de deseo más inspirador, que se resume en las palabras de Asaf: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Salmos 73:25-26). Al comenzar a estudiar este tema, debemos comprender que nuestra codicia no es solo un problema de tener deseos. Es un problema de no tener los deseos correctos de la manera correcta.

Para entender a cabalidad qué es la codicia, debemos tomarnos un momento para observar las palabras bíblicas que describen este tipo de deseo. La palabra hebrea para “desear”, *kjamád*, se usa en las Escrituras para describir los deseos correctos, así como los deseos inapropiados o codiciosos. En el sentido positivo, la palabra

kjamád se traduce “desear, deleitarse en o deseable”.¹ Por ejemplo, en el Salmo 19, *kjamád* se usa para describir las ordenanzas y preceptos de Dios al afirmar: “Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado” (v. 10). Es correcto desear los preceptos de Dios y anhelar conocer su Palabra. De manera similar, la palabra griega para “deseo”, *epithuméo*, se usa de manera tanto positiva como negativa en las Escrituras. *Epithuméo* se traduce como “desear mucho hacer o poseer algo; ansiar, desear fervientemente”.² El mismo Jesús usó este término al dirigirse a sus discípulos: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!” (Lucas 22:15).

Si bien hay usos positivos para cada una de estas palabras hebreas y griegas, en la mayoría de los casos se usan para describir un deseo de poseer negativo, descontrolado, idólatra y egoísta.³ La palabra más utilizada para traducir este concepto de envidia y celos indebidos es “codicia”. Si bien a veces se describe a Dios como celoso, nunca se lo describe como codicioso. Por tal razón, al referirme a estos conceptos de deseos o afectos indebidos, por lo general usaré el término “codiciar”. Cada uso bíblico de la palabra “codiciar” describe un deseo idólatra o excesivo de poseer. Así pues, podemos definir la codicia como: *el deseo desmedido o culpable de poseer, por lo general, lo que pertenece a otro*. El término “desmedido” habla de desear algo bueno de una manera incorrecta o idólatra, mientras que el término “culpable” habla de desear algo incorrecto, claramente prohibido en las Escrituras.

Tipos específicos de codicia

Al final de este capítulo, veremos cómo distinguir entre un deseo desmedido y un deseo correcto. Por ahora, usaré el término “deseo codicioso” para describir un deseo pecaminoso que se ha arraigado en nuestro corazón. Sin embargo, codiciar no es el único término

1. R. Laird Harris, ed., *Theological Wordbook of the Old Testament* (Chicago: Moody, 1980), p. 673.

2. Johannes P. Louw y Eugene A. Nida, eds., *Greek-English Lexicon of the New Testament* (Nueva York: United Bible Societies, 1988).

3. Francis F. Brown, ed., *The Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon* (Peabody, MA: Hendrickson, 1996).

que se utiliza para explicar nuestros deseos inapropiados. La codicia es un patrón de pecado tan conflictivo que la Biblia usa otras palabras para ayudar a aclarar los tipos de deseos incorrectos. Bajo el gran paraguas de la codicia hay tres subconjuntos específicos de codicia: envidia, lujuria y ambición. La envidia describe el deseo del bien que le pertenece a otros. La lujuria describe la codicia que, por lo general, es de naturaleza sexual. La ambición describe la codicia que se centra principalmente en la adquisición de dinero y posesiones. Cada uno de estos tipos específicos de codicia son aspectos de una actitud más amplia que, si no se controla, puede consumir nuestro corazón y llevarnos a una vida de descontento indeterminada. Un corazón codicioso languidece, nunca está satisfecho y siempre quiere más.



*Un corazón codicioso languidece, nunca
está satisfecho y siempre quiere más.*

En este momento, vivo en un mundo que está lleno de deseos desmedidos: tengo una niña de dos años. Como la mayoría de las niñas de dos años, tiene muchos deseos y se llena de resentimiento cuando alguien posee lo que ella ha decidido que necesita. Cuando juega con sus otras amiguitas de dos años, muchas veces se da cuenta de que una amiga está jugando con uno de sus juguetes favoritos. Cuando eso sucede, en lugar de compartir su juguete y empezar a jugar con su amiga, es más probable que se lo arrebate y le diga, en tono desafiante: “es mío”. Su corazón, corrompido por la caída en el Edén, está lleno de este deseo de poseer de una manera desmedida. Sería fácil considerar este ejemplo infantil y sonreír al pensar en cuánto tiempo ha pasado desde que nos arrebataremos juguetes unas a otras. Sin embargo, cuando observo la forma en que nuestro mundo parece funcionar y seguir el principio de siempre desear más y hacer cualquier cosa para obtener lo que deseamos, me pregunto si el mercado se ve muy diferente al patio de recreo. Si bien es posible que hayamos madurado en nuestra

capacidad de ocultar nuestro desagrado, a menudo nuestro corazón todavía se llena de resentimiento por lo que otro tiene y hemos decidido que lo necesitamos.

Tres características de la codicia

Para obtener una mayor claridad sobre este tema, quiero que examinemos tres características de la codicia que la convierten en un pecado muy peligroso si le permitimos contaminar nuestro corazón. Espero que, al estudiar estas verdades, lleguemos a comprender que la codicia actúa como un parásito en nuestro corazón, que nos deja desnutridas y despojadas de los nutrientes que necesitamos.

La codicia es un patrón de pecado, no una circunstancia

Para comprender lo que implica la codicia, es importante reconocer que se trata de un patrón de pecado en nuestro corazón, no del conjunto de circunstancias que enfrentamos. La codicia puede cegar tanto nuestra mente, que llegamos a creer que, si tan solo pudiéramos lograr el objeto deseado (un trabajo, un bebé, un cónyuge, la sanidad), entonces podríamos estar contentas en la vida. Sin embargo, nuestros deseos desmedidos nunca se resuelven al obtenerlos. Hoy podemos codiciar un objeto, pero, una vez que lo obtenemos, pronto comenzaremos a desear otra cosa.

De hecho, en lugar de apagar el fuego de la codicia, a menudo obtener algo nos provoca mayores deseos de poseer más. Cuanto más tenemos, más queremos. Una vez, un periodista le preguntó a Nelson Rockefeller: “¿Cuánto dinero se necesita para ser feliz?”. Y él respondió: “Solo un poco más”. El pecado de codiciar devora nuestro corazón y su apetito es insaciable. Nuestro mayor problema no son nuestras circunstancias, sino la ceguera y la dureza que se apodera de nuestro corazón. Perdemos tiempo, recursos y energías en un intento por ganar más, y luego, una vez que logramos aquello que deseamos, pronto empezamos a perseguir el siguiente deseo de una manera inapropiada. Es un patrón que funciona en nuestro corazón y siempre nos deja con un vacío.

Salomón, el rey más rico y sabio de la historia de Israel, miró hacia atrás en su vida y se lamentó: “No negué a mis ojos ninguna

cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol” (Eclesiastés 2:10-11). Salomón se dio cuenta de que lograr todos los placeres y riquezas de este mundo no satisfacía su alma.

Por el contrario, Dios nos invita a venir a su mesa y nos dice: “¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura” (Isaías 55:2). Nuestras circunstancias difíciles y nuestros anhelos no son motivo para codiciar, sino una invitación de Dios a venir y hallar vida solo en Él. Si queremos evitar la contrición de Salomón, debemos aceptar que nuestros deseos codiciosos surgen a causa de nuestros pecados, no de nuestras circunstancias. Obtener todo lo que el mundo tiene para ofrecer no tiene sentido si nuestro corazón no encuentra satisfacción en el Señor.



*Nuestro mayor problema no son nuestras
circunstancias, sino la ceguera y la dureza
que se apodera de nuestro corazón.*

Experimenté la realidad de este problema del corazón cuando mi esposo y yo vivimos en el extranjero, en Edimburgo, Escocia, durante un par de años mientras él cursaba su doctorado. Nuestra primera mudanza fue difícil para mí. En nuestro primer piso (y muy pequeño), vivíamos sin algunas de nuestras comodidades americanas.

Nuestra lavadora y secadora estaban ubicadas tres pisos más abajo en un espacio compartido. Nuestro único medio de transporte era el autobús o nuestros pies, ya que no teníamos coche. Nuestro diminuto refrigerador requería varios viajes de compras

por semana, y la falta de un lavaplatos hacía mucho más larga la limpieza después de la cena. Más importante aún, a menudo me sentía sola y extrañaba a mis seres queridos y amistades. Era doloroso pensar que todavía compartían la vida juntos, mientras yo estaba sola en un lugar nuevo. Pasé muchos de los primeros días codiciando cosas que con el tiempo se habían convertido en expectativas en mi corazón. En voz baja, me decía a mí misma: “Bueno, sería mucho más feliz si no estuviera tan cansada de caminar a todas partes”. O me quejaba para mis adentros: “Lavar la ropa no sería tan difícil si no tuviera que cargarla mientras bajo todas estas escaleras y luego tener que esperar para ponerla en la secadora”. Sola, por las noches, me sentaba y me preguntaba qué estaban haciendo mis amigos y creía que todos debían estar divirtiéndose mucho por el solo hecho de estar juntos.

Ahora que he vuelto a vivir a los Estados Unidos, conduzco a todas partes en lugar de caminar. Muchas veces me canso de estar en el coche mientras llevo a mis hijos de un lado a otro. Actualmente tengo mi propia lavadora y secadora. De hecho, tengo un cuarto de lavado. Nuestra vida está llena de amigos, familiares y actividades sociales. ¿Estos cambios favorables de circunstancias me han hecho una persona más alegre y contenta? No, estas circunstancias favorables no me han producido una satisfacción personal. Los cambios de circunstancias pueden producir un deleite temporal, pero, sin la gracia de Dios, mi deseo de tener mi propia lavadora y secadora puede convertirse rápidamente en un nuevo pensamiento codicioso: “¿No sería bueno si tuviera una criada que lavara toda esta ropa por mí?”. Mi problema nunca tuvo que ver con el lugar donde estaban ubicadas mi lavadora y secadora o con el hecho de si teníamos o no un automóvil. Mi problema era aceptar la voluntad del Señor para mi vida, que implicaba estas cosas triviales de las que me quejaba y murmuraba en mi corazón. Puedo decir que, en su gracia, Dios está cambiando mi corazón para que pueda confiar y regocijarme en Él, independientemente de mis circunstancias. Así y todo, mi corazón es lo que necesita cambiar, no mis circunstancias. Si mi corazón no es libre de este patrón de pecado, pasaré de la codicia inicial a más codicia, y lograr lo que deseo solo me dará una felicidad temporal.

Sé que el ejemplo que estoy dando tiene que ver con aspectos relativamente triviales de la vida. Muchas de ustedes están lidiando con anhelos mucho más profundos y sinceros. Algunas de las cosas que anhelan parecen ser la puerta de entrada a todos sus otros anhelos. Sin embargo, la codicia a menudo se apodera de estos aspectos cotidianos de nuestras vidas. Las desilusiones se enconan en nuestro corazón, y las quejas y murmuraciones se convierten en nuestro hábito. A medida que disminuye nuestro agradecimiento, estamos cada vez más descontentas, sea cual sea la envergadura de nuestra lucha. Cualquier tipo de deseo codicioso, desde el más insignificante hasta el más complejo, es una ofensa para Dios. Por lo tanto, al analizar la codicia, lo primero que debemos comprender es que es un patrón de pecado interno, no una circunstancia externa.

La codicia se caracteriza por la comparación y el sentimiento de tener derecho a algo

La segunda particularidad que debemos comprender acerca de la codicia es que se caracteriza por la comparación y el sentimiento de que tenemos derecho a poseer lo mismo que nuestro prójimo. Si te preguntas en qué área de tu propia vida estás codiciando, considera en qué comparas más tu vida con la de los demás. La codicia tiene que ver con mirar la vida de otra persona y desear lo que esa persona tiene mientras comparamos su situación con nuestra propia situación. No es solo una observación neutral: “¡Qué casa espectacular!”. En cambio, es un deseo que profiere una acusación y se siente con derecho a poseer una casa así: “¡Qué casa espectacular! Debería tener una casa así. ¿Por qué Dios no me da una casa así? ¿Por qué Dios siempre parece bendecir a todos menos a mí?”.

El décimo mandamiento nos advierte contra este tipo de comparación y sentimiento de tener derecho a algo. Deuteronomio 5:21 señala: “No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, ni su tierra, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”. Es más fácil codiciar lo que está más cerca de nosotras, porque ahí es donde comenzamos con el juego de la comparación. Cuando jugamos este peligroso juego, estamos determinando exactamente qué clase de vida sería mejor.

Nos gustaría tener el hogar perfecto de una vecina, el matrimonio amoroso de otra, el nivel de ingresos de otra y los parientes políticos serviciales de otra, que siempre parecen estar allí en el momento en que lo necesitan. Comenzamos a pensar en cuánto más fácil o mejor sería nuestra vida si tuviéramos esas cosas y, poco a poco, crece en nuestro corazón la sensación de que tenemos derecho a esas cosas.

El deseo codicioso dice la siguiente mentira: “Si Dios bendice de alguna manera a cualquier otra mujer, entonces yo también tengo derecho a esa bendición”. Exigir lo que otra persona tiene es una especie de ceguera. Quizás nuestra vecina tenga una casa espectacular, pero su matrimonio se está desmoronando. Quizás los ingresos de una amiga sean a costa de trabajar muchas horas y pasar mucho tiempo lejos de la familia y los amigos. En cada vida hay bendiciones y dificultades. La codicia nos ciega a las dificultades de nuestro prójimo y, en cambio, se concentra en la forma como el Señor la está bendiciendo con aquello que deseamos. Sus dificultades parecerán poca cosa a tus ojos: ¿Qué grave problema puede tener cuando posee lo único que tú deseas? La codicia es la antítesis del mandamiento de Cristo: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Marcos 12:31), porque nuestro prójimo se convierte en nuestro enemigo por el solo hecho de poseer lo que deseamos. No podemos amar bien a aquellos cuyas vidas o posesiones codiciamos.

Para comprender mejor que la codicia se caracteriza por la comparación y el sentimiento de tener derecho a algo, es de ayuda estudiar los escritos de los líderes de la iglesia a través de los años y obtener sabiduría de su conocimiento. Los Estándares de Westminster son un conjunto de documentos establecidos en 1649 por hombres designados por el Parlamento Británico para estudiar las Escrituras. El Catecismo de Westminster es una sección de los Estándares y un documento maravilloso, que usa un formato de preguntas y respuestas para abordar diversas verdades de la fe. Profundiza en cada uno de los Diez Mandamientos con dos preguntas: “¿Cuáles son los pecados prohibidos en este mandamiento?” y “¿Cuáles son los deberes exigidos en este mandamiento?”. La respuesta del Catecismo de Westminster a la pregunta de los pecados prohibidos en el mandamiento, “No codiciarás”, es la siguiente:

Pregunta 148: ¿Cuáles son los pecados que se prohíben en el décimo mandamiento?

Respuesta: Los pecados que se prohíben en el décimo mandamiento son: el descontento por nuestra propia condición; la envidia y el pesar por el bien de nuestro prójimo, junto con motivaciones y deseos desmedidos por cualquier cosa que pertenece a nuestro prójimo.

El Catecismo de Westminster describe tres formas principales en que se manifiesta la codicia en nuestro corazón. El primer indicio de codicia es el descontento con nuestros propios bienes. Nuestra insatisfacción puede crecer porque comparamos nuestra vida con la de los que nos rodean, o porque nuestra realidad actual es muy diferente de nuestras esperanzas, sueños y expectativas personales de la vida. Cualquiera que sea la causa, el descontento es una señal segura de que nuestro corazón está codiciando algo de manera desmedida.

En segundo lugar, el Catecismo señala que, si envidias o te dueles del bien ajeno, estás codiciando. Si te enteras de una buena circunstancia que está experimentando tu prójimo: un puntaje excelente en un examen, una experiencia divertida, un diagnóstico médico positivo, un nuevo trabajo, una nueva posesión, una propuesta de matrimonio, un embarazo, un éxito ministerial, una respuesta a la oración largamente esperada, y tu respuesta es envidia o pesar por su circunstancia positiva, puedes estar segura de que estás luchando con el décimo mandamiento. En verdad, nuestra envidia o pesar por el bien ajeno muestra la fealdad de este pecado en nuestro corazón. Nuestra capacidad de “gozarnos con los que se gozan” se consume por nuestra propia insatisfacción con la vida. Pensamos que la bondad de Dios para con los demás es motivo de dolor, porque creemos erróneamente que Dios no ha sido bueno con nosotras. En esta gran falta de confianza en Dios, robamos tanto al prójimo como a nosotras mismas el placer de compartir el gozo.

Por último, el Catecismo habla de tener motivaciones y afectos desmedidos hacia todo lo que pertenece al prójimo. Si pones tus

deseos o afectos en lo que pertenece a tu prójimo, nunca podrás amar bien a esa persona. Pensarás en ella solo en términos de lo que posee en lugar de quién es. Es importante aclarar en este punto que estos afectos no son solo hacia las posesiones físicas. El Catecismo señala acertadamente que nos equivocamos al poner nuestro afecto en *cualquier cosa* que pertenece a nuestro prójimo. Esto incluye sus posesiones físicas, pero no se limita a ellas. Cuando estaba pasando tantas noches largas con un recién nacido, en realidad, lo que codiciaba era el sueño. Veía a amigas que dormían toda la noche, cada día de la semana, y me preguntaba cómo podían quejarse de algo cuando todas las noches tenían la bendición de disfrutar de la maravillosa posesión del sueño. Anhelamos cosas diferentes en diferentes momentos de nuestra vida. Codiciamos experiencias, posesiones, recursos emocionales, niveles educativos, hijos obedientes, matrimonios, etapas de la vida, talentos, habilidades intelectuales y una miríada de cosas, mucho más que el bonito abrigo nuevo de nuestra vecina. Limitarlo a las posesiones físicas minimiza en gran medida el décimo mandamiento y no llega al fondo de nuestra situación.



Si pones tus deseos o afectos en lo que pertenece a tu prójimo, nunca podrás amar bien a esa persona.

Dios quiere contentamiento en todas las cosas relacionadas con nuestra propia situación, porque Él es el Señor de todas nuestras circunstancias. De ese profundo contentamiento fluirá el recto deseo de, y gozo por, el bien de nuestro prójimo. En contraste, nuestra codicia se caracteriza por una comparación legítima que conduce a un resentimiento hacia Dios y al alejamiento de la verdadera comunión con los demás.

La codicia es un pecado que engendra más pecado

La última característica que nos ayuda a comprender la seriedad de la codicia es la noción de que es un pecado que engendra más

pecado. Thomas Watson llamó a la codicia “pecado madre”, porque nos lleva a incumplir cada uno de los Diez Mandamientos.⁴ Explica que la codicia nos hace violar el primer mandamiento porque el objeto de nuestro deseo se convierte en otro dios al que adoramos y amamos. Incumplimos el cuarto mandamiento de guardar el día de reposo, porque nuestros deseos codiciosos nos llevan a dedicar nuestro tiempo a nuestros propios placeres en lugar de adorar a Dios. El adulterio comienza primero con un deseo codicioso de lujuria. Robar comienza con la envidia de lo que pertenece a otra persona. Nuestros deseos codiciosos no permanecen solo dentro de los confines de nuestro corazón. Santiago señala: “cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:14-15). Al contemplar estos malos deseos y poner nuestro corazón en ellos, darán a luz pecados externos que, con el tiempo, conducirán a la muerte. Necesitamos tomarnos en serio el efecto que estos deseos internos tienen en nuestra vida física, emocional y espiritual. Si no los controlamos, con el tiempo, causarán un gran dolor y consecuencias en nuestra propia vida y en la vida de quienes nos rodean.

Dedicaremos la segunda mitad de este libro a analizar las distintas formas en que la codicia nos lleva a hacer daño a los demás, y el patrón que normalmente sigue en nuestra vida. Sin embargo, aquí, para comenzar, me gustaría dar algunos ejemplos de cómo nuestros deseos pueden llenarse de resentimiento y llevarnos a actuar de manera culpable hacia los demás. Mientras lees, observa la naturaleza sutil del pecado y el daño que puede provocar cuando los deseos internos engendran acciones externas.

Ejemplos de codicia

Imagínate a dos niñas de diez años conversando sobre sus planes de verano. Emma describe con alegría el mes de campamento

4. Thomas Watson, *The Ten Commandments* (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1965), p. 177. Edición en español *Los Diez Mandamientos*, publicado por Banner of Truth, 2014.

donde tendrá natación, equitación, fútbol, esquí acuático y deporte de vela. Mientras María escucha a Emma, sus planes de ir a la biblioteca y leer libros, y una sola semana de campamento en la ciudad comienzan a parecer cada vez más aburridos. María empieza a sentir conmiseración de sí misma y, en un intento por ocultar sus sentimientos, le dice a Emma que detestaría asistir a un campamento de verano durante todo un mes: “¿No hay insectos? ¿No pasas calor al sol todos los días? Estoy agradecida de que mis padres no me obliguen a ir al campamento durante todo un mes”. Los comentarios de María apagan el entusiasmo de Emma, que se va desanimada y nerviosa por ir al campamento.

Dos compañeras de cuarto de la universidad asisten a la misma clase. Jennifer asimila rápidamente la información de las clases teóricas y completa fácilmente las tareas de lectura. Susana se esfuerza por prestar atención, pero se distrae cada vez que intenta leer los materiales de lectura. El día antes del examen, Jennifer estudia durante una o dos horas y luego se reúne con algunos amigos para cenar y pasar una noche divertida. Le pide a Susana que se una a ellos, pero Susana se niega porque sabe que necesita estudiar. Cuando les devuelven los exámenes, Susana está contenta de haber obtenido una B hasta que se entera de que Jennifer obtuvo una A. Cuando Jennifer la invita a cenar para celebrar que ya terminaron los exámenes, Susana rechaza la oferta por despecho. En cambio, llama a una amiga para desahogar su amargura. A lo largo de la charla, hace comentarios desagradables sobre Jennifer de manera sutil, que la dejan con un sentimiento de vacío y culpa.

Dos amigas se conocen desde la secundaria. Sandra se casó hace unos años, mientras que Ana todavía está en el grupo de solteras de la iglesia esperando conocer a alguien. Solían hablar todo el tiempo, prestarse la ropa, salir a correr, pero ahora ha crecido una frialdad entre ellas. Sandra teme tener que decirle a Ana que está embarazada (aunque está agradecida de esperar un bebé después de dos años difíciles de intentos). Sabe que lo más probable es que su felicidad haga daño a Ana, que se siente atrapada en una misma etapa de la vida. Ana siente que la vida de todas las demás continúa y progresa, mientras que la de ella consiste en tener que asistir a agasajo tras agasajo para celebrar la alegría de otras personas.

Dos mujeres son vecinas y miembros de la misma iglesia. Ambas tienen niños pequeños en casa. El marido de Elizabeth llega a casa todas las noches para cenar con los niños. El esposo de Margarita trabaja hasta tarde casi todas las noches y llega a casa justo a tiempo para ayudar a acostar a los niños. Un día habitual para Margarita es más difícil cuando sus dos hijos contraen un virus del estómago y su esposo la llama para avisarle que llegará más tarde de lo habitual esa noche. Cuando finalmente llega a casa, exhausto después de un largo día de trabajo, Margarita lo recibe con frialdad y enojo. En lugar de descansar juntos después de un largo día para ambos, se vuelven el uno contra el otro y usan la energía que les queda para discutir. Margarita dice para sus adentros: “¡Mi matrimonio sería tan diferente si mi esposo pudiera volver a casa antes como el de Elizabeth!”.

A medida que pasan los años, Catalina lamenta el hecho de que su cuerpo siga mostrando signos del envejecimiento. La ropa le queda más ajustada, tiene arrugas en la piel y su cabello ha cambiado tanto de color como de textura. Mira a mujeres más jóvenes que ella y quiere volver a sentirse bella. En realidad, estaría encantada de parecerse un poco más a cómo era antes. Con cada año que pasa, pierde una cantidad creciente de tiempo y dinero para encontrar nuevos atuendos, cremas, ejercicios y cirugías y así alimentar su deseo de belleza. Si bien su deseo es correcto, la profundidad de su deseo se manifiesta en creciente descontento y comparación con otras mujeres. Su continua búsqueda de la belleza exterior la deja vacía e insatisfecha por dentro.



La codicia engendra un pecado externo que afecta tanto el bien de nuestro prójimo como el nuestro.

Dos mujeres viven en el mismo hogar de ancianos. Todos los días, los residentes vienen y comen juntos en la cafetería. Eva tiene familiares que aún viven en la ciudad y a menudo van a buscarla

para llevarla al médico, sentarse con ella y hablar o invitarla a cenar. Juana anhela ver a sus nietos, pero todos viven lejos y rara vez se toman el tiempo de escribirle. Eva invita a Juana a unirse a su familia para la cena de Acción de Gracias, pero Juana se niega. En lugar de intentar conocer a alguien en esta etapa de la vida, decide que sería mejor estar sola.

En todos estos ejemplos, las mujeres pusieron su afecto en lo que pertenecía a otra persona. Desde nuestros primeros años hasta nuestros años dorados, codiciamos experiencias, inteligencia, talentos, tiempo, ayuda, recursos económicos, relaciones, etapas de la vida y salud física. Cada una de estas mujeres comparó su suerte con la de otra y se sintieron inferiores. Una vez que compararon lo que tenían con otras mujeres, su descontento personal las llevó a tomar decisiones perjudiciales. La codicia engendra un pecado externo que afecta tanto el bien de nuestro prójimo como el nuestro. En nuestro deseo de poseer, llegamos a estar esclavizadas por un patrón que nos impide experimentar gozo y contentamiento.

Cómo distinguir entre los deseos

En este momento, puede que te estés haciendo una buena pregunta: “¿Cómo puedo distinguir entre los deseos correctos y los deseos desmedidos o culpables en mi propia vida?”. Para cerrar este capítulo, veremos cuatro distinciones claras entre los buenos deseos y la codicia. Espero que el contraste entre las dos cosas te ayude a resumir y aclarar lo que hemos visto hasta ahora. Al comenzar, permíteme decirte que esta pregunta cala hondo en el corazón y no se responde fácilmente. Algunos días, tenemos buenos deseos y confiamos en el Señor en la espera. Otros días, nos quejamos, rezongamos y estamos llenas de un espíritu codicioso. Vivimos en un mundo caído y pecaminoso. Fuimos creadas para el Edén y una parte de nosotras siempre anhelará que todo salga bien. La realidad de la vida es que cada una de nosotras enfrentaremos desilusiones que nos llevarán a preguntarnos: “¿Por qué?”. ¿Por qué el Señor no me da un esposo? ¿Por qué tengo que vivir en esta ciudad? ¿Por qué no puedo quedar embarazada? ¿Por qué mi esposo todavía no puede encontrar trabajo? ¿Por qué el Señor no sanó a mi madre?

¿Por qué mis hijos no obedecen? ¿Por qué nadie parece acordarse de que existo o preocuparse por mí?

Mientras esperamos un mundo nuevo y redimido, confiar nuestras circunstancias al Señor evita que la amargura endurezca nuestro corazón. La forma en que manejamos los decepcionantes “por qué” de nuestra vida nos permite comprender mejor qué tan sanos son nuestros anhelos. Los siguientes cuatro chequeos de nuestro corazón nos ayudan a saber si nuestro deseo por algo se ha vuelto desmedido o culpable:

1. El objeto de nuestro deseo es incorrecto.
2. Los medios para conseguir nuestro deseo son incorrectos.
3. La motivación de nuestro deseo es incorrecta.
4. La actitud mientras esperamos por nuestro deseo es incorrecta.

El objeto es incorrecto

El primer chequeo del corazón para distinguir entre un deseo correcto y un deseo desmedido es determinar si el objeto de nuestro deseo es incorrecto. Si lo que anhelamos va en contra de la voluntad del Señor como se revela en las Escrituras, entonces podemos saber con certeza que estamos codiciando. Por ejemplo, si deseas al cónyuge de otra persona, claramente lo estás codiciando, porque la Biblia señala que el adulterio está mal. Si anhelas hacer mal a alguien que te ha lastimado, ese anhelo es incorrecto, porque Cristo manda: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen” (Lucas 6:27). Si el objeto de nuestros deseos está fuera de la voluntad de Dios, debemos dejar de lado esos deseos o estaremos codiciando en nuestro corazón.

Un claro ejemplo bíblico de este deseo culpable por un objeto incorrecto es el de nuestra primera madre, Eva. Si bien estudiaremos su ejemplo y el patrón de su pecado con mayor detalle en otros capítulos, creo que es útil notar que el primero de todos los pecados comenzó con un deseo codicioso. Eva vio que el fruto era deseable e ignoró el mandamiento del Señor de no comer del árbol del bien y del mal. Puso su corazón en lo que claramente estaba fuera de la voluntad de Dios para su vida. Por lo tanto, su deseo

era claramente culpable, porque el objeto de su anhelo estaba en contra del buen mandato del Señor. Mostró desconfianza en la bondad de Dios, y tomó el fruto y comió de él. Por lo tanto, el primer pecado de desobediencia comenzó con la codicia y condujo a todos los pecados que existen. La codicia, el pecado que parece tan interno e inofensivo, llevó a Eva por un camino de muerte y destrucción, mientras todo el tiempo prometía el don de la vida. Un deseo equivocado por cualquier objeto que esté fuera de la voluntad revelada de Dios es claramente de naturaleza codiciosa.



Si el objeto de nuestros deseos está fuera de la voluntad de Dios, debemos dejar de lado esos deseos.

Los medios son incorrectos

El segundo chequeo del corazón para distinguir entre nuestros deseos tiene que ver con los medios que estamos dispuestas a utilizar para obtener lo que queremos. Si estamos dispuestas a utilizar medios inapropiados para obtener lo que queremos, entonces nuestro deseo se ha vuelto desmedido. En este caso, el objeto de nuestros deseos puede ser correcto, pero la disposición a poner en entredicho la Palabra de Dios y usar medios incorrectos para obtener lo que deseamos muestra nuestro corazón codicioso. Por ejemplo, si una mujer anhela tener un hogar acogedor y hospitalario, tal fin es bueno y correcto. Sin embargo, si se endeuda mucho para obtener todos los muebles que cree que necesita para que su hogar sea hospitalario, en realidad lo está codiciando. Ha utilizado un buen fin (un hogar acogedor) para justificar un medio incorrecto (incurrir en deudas innecesarias). Otro ejemplo de este principio sería el correcto deseo de una mujer soltera de tener un marido. Es bueno desear un compañero para formar pareja. Sin embargo, si está dispuesta a usar ropa llamativa o pasar tiempo de manera imprudente para atraer a una pareja, entonces sus medios están fuera de la voluntad de Dios y muestra un corazón codicioso.

Un ejemplo bíblico de este segundo principio se encuentra al observar el caso de Sara en Génesis 16. Un capítulo antes, Dios se reunió con Abram para hacer un pacto con él y prometerle que sus descendientes serían tantos como las estrellas del cielo. Sara tenía un deseo bueno y correcto de tener un hijo. De hecho, incluso tenía la promesa de que Dios daría a Abram numerosos descendientes. Su fin era claramente uno que Dios había prometido y que llevaría a cabo. Sin embargo, en lugar de esperar con paciencia a que Dios cumpliera lo que había prometido, Sara tomó el asunto en sus manos y usó un medio incorrecto para lograr su deseo de tener una familia. Tomó a su sierva Agar y se la dio a Abram para que tuviera un hijo con ella. Agar concibió, y eso la llevó a odiar a Sara y, finalmente, a que Sara maltratara a Agar. La disposición de Sara a utilizar medios incorrectos para lograr un buen fin muestra su corazón codicioso. Un corazón con buenos deseos puede esperar a que Dios cumpla sus promesas. Es una espera llena de confianza que no se apoya en su propio entendimiento. En contraste, un corazón codicioso planea y trama con el uso de la sabiduría humana para lograr los objetivos y resultados deseados.

La motivación es incorrecta

El tercer chequeo del corazón tiene que ver, en primer lugar, con las razones por las que tenemos un deseo en particular. Si nuestra motivación para querer algo se ha originado o desencadenado por la comparación con otras personas, entonces podemos dar por hecho que lo estamos codiciando. Por lo general, este tercer chequeo del corazón es lo que más saca a la luz nuestra codicia. Considera por qué quieres la ropa, la casa, el matrimonio, el trabajo o las vacaciones que deseas. A menudo, nuestros propios deseos surgen porque descubrimos que otra pareja hizo un hermoso viaje al Caribe o encontró una gran casa en un vecindario en particular. Quizás todos nuestros amigos estén intentando que sus hijos vayan a la escuela adecuada o que comiencen a trabajar en la misma empresa. Si usamos a otras personas para determinar lo que deseamos en la vida, entonces no estamos escuchando la dirección y el plan de Dios para nuestra propia vida. En lugar de seguir a Dios, nos comportamos como nuestro antiguo yo de la escuela

secundaria y seguimos lo que hace la mayoría. En este camino de anhelos prestados nos sentiremos siempre vacías e inferiores. Incluso cuando obtenemos esas cosas, nos damos cuenta de que no satisfacen nuestra vida, porque no son verdaderos anhelos de nuestro propio corazón, sino simplemente cosas que llegamos a creer que deberíamos tener porque nuestro prójimo las tiene.

Un ejemplo bíblico de este principio se puede ver en la respuesta de los israelitas a Samuel al final de su vida. Los israelitas decidieron que querían un rey que los gobernara, no porque fuera la voluntad o el tiempo de Dios, sino porque le dijeron a Samuel: “Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (1 Samuel 8:5). Su deseo de tener un rey era porque las naciones que los rodeaban tenían un rey. Samuel les dice que un rey tomará a sus hijos e hijas a su servicio, tomará los mejores frutos de sus campos y viñedos, y tomará lo mejor de su ganado, asnos y criados para su propio uso. Con el tiempo, les advierte Samuel, clamarán por tener alivio del rey que eligieron para ellos. A pesar de todo lo que perderán, los israelitas se aferran a su codicioso deseo de tener un rey, porque creen que los hará grandes como todas las demás naciones. Cuando nuestros deseos comienzan por comparar nuestra vida con la de los que nos rodean, y no por la obra de Dios en nuestra vida, podemos estar seguras de que estamos codiciando cosas que solo nos llevarán a clamar por alivio de eso mismo que hemos deseado.

Nuestra actitud es incorrecta

El último chequeo del corazón para distinguir entre nuestros deseos tiene lugar cuando observamos nuestra actitud mientras esperamos que Dios haga realidad lo que deseamos. Si nuestra actitud mientras esperamos está llena de quejas, amargura, enojo o ingratitud, estamos codiciando. Deseamos correctamente cuando podemos esperar que Dios cumpla los anhelos de nuestro corazón con gozo y agradecimiento por lo que ya nos ha dado. Pablo alentó esta respuesta cuando escribió: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:16-18).

Un día, hace unos años, unas amigas y yo estábamos en el parque

con nuestros hijos. Por lo general, nos reunimos para jugar en un parque cercado que tiene toboganes, columpios y un divertido arenero para que los niños jueguen y disfruten. Justo al lado del patio de recreo hay un campo donde a veces dejamos que los niños mayores corran y jueguen. Sin embargo, está al lado de una carretera y, dado que a menudo hay niños pequeños entre ellos, muchas veces tenemos que limitar nuestro juego a las áreas cercadas. Un día, los niños mayores pidieron que les permitiéramos jugar fuera de la cerca. Todas las mamás estuvimos de acuerdo en que no era una buena idea, así que les dijimos: “No, hoy solo vamos a jugar en el área de juegos”. En lugar de jugar y disfrutar de todo lo que tenían a su alcance: toboganes, columpios y un arenero grande, cada uno de los niños se paró en la cerca a mirar el campo. Se perdieron todo lo que tenían a su alcance, porque estaban muy ocupados anhelando lo que se les había negado. Eligieron quejarse y sentirse desdichados por lo que no se les permitía hacer, en lugar de disfrutar de un parque lleno de juegos diseñados específicamente para su diversión. Muy a menudo, en nuestras temporadas de espera, nos perdemos todo lo que el Señor nos ha dado porque estamos obsesionadas codiciando el objeto o la situación que creemos que necesitamos.

El deambular y esperar de los israelitas en el desierto nos ofrece un ejemplo similar de este principio. Apenas dos meses después de experimentar una redención milagrosa de la esclavitud, los israelitas refunfuñaron y se quejaron contra Aarón y Moisés: “Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud” (Éxodo 16:3). El maná del Señor no era suficiente para los israelitas. Lo único en que pensaban era en la carne que solían disfrutar en Egipto. Estaban dispuestos a regresar a la tierra de su esclavitud, y no que se les negara lo que creían que necesitaban. Su falta de disposición en estar agradecidos por la provisión diaria de Dios demostraba claramente su enorme desconfianza en el Señor. La ingratitud y queja de sus corazones era evidencia de sus deseos envidiosos y

desmedidos. Por el contrario, un corazón contento puede esperar con paciencia lo que carece y dar fruto en cada etapa de la vida. El apóstol Pablo señala que el fruto del Espíritu de Dios es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). La persona que ha aprendido a confiar en la bondad del Padre puede dar fruto en cualquier circunstancia.



La persona que ha aprendido a confiar en la bondad del Padre puede dar fruto en cualquier circunstancia.

Al concluir este capítulo, podemos observar que las áreas en las que no tenemos gozo y gratitud o en las que estamos enojadas y quejumbrosas son probablemente las áreas donde estamos codiciando. Sería fácil intentar cambiar de actitud y pensar: “Voy a quejarme y refunfuñar menos para no caer en la codicia”. Sin embargo, nuestra actitud no es más que el fruto de la realidad que estamos viviendo dentro de nuestro corazón. No alcanza con cambiar nuestra conducta externa; necesitamos que nuestro corazón cambie. Un corazón lleno de ansiedad y falta de confianza no se corregirá fácilmente con el simple hecho de quejarnos menos o dar un giro positivo a nuestras luchas. En el próximo capítulo, veremos en detalle las causas fundamentales de la codicia y analizaremos la incredulidad que nos lleva a tener deseos desmedidos. Ahondaremos en el carácter de Dios y descubriremos que nuestra comprensión de quién es Él afecta en gran medida nuestra capacidad para llevar una vida de contentamiento y gozo. Nuestro problema central al codiciar no es nuestra actitud o nuestras circunstancias; nuestro problema central es nuestra incredulidad en alguna de las características de Dios. Espero que al ver en detalle todo lo que Cristo ha hecho, nuestra fe en Dios crezca y nos lleve tener nuevos deseos. Todas las demás posesiones y relaciones que prometen vida no son más que cisternas rotas que, con el tiempo, se secarán. La vida abundante se encuentra solo en Cristo.

Preguntas para la reflexión personal y grupal

Lidiar con el pecado de la codicia comienza con identificarla en nuestras vidas. Si bien los capítulos posteriores darán más detalles sobre formas de abordar este pecado, un primer paso importante es reflexionar sobre cómo este patrón se manifiesta en nuestro día a día. Estas preguntas están diseñadas para ayudarte a pensar específicamente en la naturaleza y la presencia de la codicia.

1. Cuando miramos el mundo que nos rodea, ¿cómo despierta nuestros deseos y búsqueda de más cosas? ¿Qué anuncios, programas de televisión o personas conocidas parecen personificar la noción de que más es mejor?
2. La definición dada para codicia fue: “el deseo desmedido o culpable de poseer, por lo general, lo que pertenece a otro”. ¿Qué se entiende por el término “desmedido”? ¿Qué se entiende por “culpable”? ¿Cuáles son algunos ejemplos de deseos desmedidos? ¿Deseos culpables?
3. ¿Cuáles son algunos ejemplos de cosas buenas que deberíamos desear? Pensando tanto en el capítulo como en tu propio conocimiento de la Biblia, ¿cuáles son algunas de las cosas que Dios desea?
4. Lee Eclesiastés 2:10-11. ¿Cuál fue la experiencia de Salomón en la vida? ¿Por qué crees que al final de su vida experimentó un gran vacío? ¿Cómo se compara esto con la invitación de Dios en Isaías 55:1-3?
5. ¿Has experimentado la realidad de que la codicia es “un patrón de pecado y no una circunstancia”? ¿De qué manera has visto que los deseos codiciosos persisten a pesar de que las circunstancias cambien? Piensa en lo que deseabas cuando eras niña, estudiante universitaria, en tus veintitantos años, en tus treinta y tantos años, etc. ¿Cómo has luchado con estos deseos en cada etapa de la vida?

6. Lee Deuteronomio 5:21. ¿Cómo nos impide la codicia amar a nuestro prójimo?

7. El Catecismo de Westminster pregunta:

Pregunta 148: ¿Cuáles son los pecados que se prohíben en el décimo mandamiento?

Respuesta: Los pecados que se prohíben en el décimo mandamiento son: el descontento por nuestra propia condición; la envidia y el pesar por el bien de nuestro prójimo, junto con motivaciones y deseos desmedidos por cualquier cosa que pertenece a nuestro prójimo.

¿Cómo ayuda esta respuesta a una mejor comprensión de la codicia? ¿Qué parte de esta respuesta te parece más convincente?

8. Lee Santiago 1:14-15. Piensa en tu vida, el mundo que te rodea y los ejemplos de la Biblia. ¿Cómo has visto la realidad de que la codicia “engendra más pecado”? ¿Cómo tiende el pecado a progresar y dar a luz a más pecado?

9. En el capítulo, había una descripción de niños pequeños que miraban por encima de la cerca hacia un campo de hierba y se quejaban porque no se les permitía jugar allí. Mientras tanto, se perdían de jugar en todo el patio de recreo construido para que disfruten. ¿En qué ocasiones de tu vida te perdiste de disfrutar porque estabas muy preocupada por lo que deseabas?

10. Al final del capítulo, se realizaron cuatro chequeos del corazón para ayudarnos a comprender si nuestros deseos se han vuelto desmedidos o culpables. ¿Puedes pensar en algunos ejemplos cuando...

a. ...el objeto de tu deseo era incorrecto?

b. ...usaste medios incorrectos para obtener tu deseo?

- c. ...la motivación de tu deseo era incorrecta?
 - d. ...tu actitud durante la espera era incorrecta?
11. ¿Cuál de estos “chequeos del corazón” expone lo que estás codiciando actualmente? ¿Qué cosa anhelas de manera desmedida o culpable hoy?
 12. Lee Tito 3:3-8. Al considerar estos versículos, ¿qué estímulo encuentras en ellos con respecto al amor y la bondad de Cristo? ¿Cómo te anima su misericordia y su gracia al considerar el pecado de la codicia?